

cfr. Mt. 26, 31). Al mismo tiempo se acordará de cómo fue golpeado de manera cruel y execrable el Pastor de nuestras almas, Jesucristo, cuando se mostró en la cruz, manchado de sangre, tan cubierto de llagas y heridas que se podía decir que «*desde la planta de los pies hasta la cabeza no hay en él una parte ilesa*» (Is. 1, 6). Quiero decir: ¿quién, mirando a Jesucristo tan herido, no comprendería en lo profundo de su alma la gravedad y la firmeza del Señor al golpear? Pero sabemos que el Unigénito Hijo de Dios fue golpeado por su elección por la justicia del Padre: fue atormentado sólo en su cuerpo, si bien en un modo atroz, movido por un amor inextinguible por nosotros, para pagar la deuda de nuestros pecados y de nuestras culpas, para dar satisfacción a la ira divina. En cambio, los Egipcios y todos los que están sepultados por un cúmulo de pecados y crímenes, son castigados por el Señor no sólo en el cuerpo: en sus almas son castigados con las penas y los sufrimientos eternos. Así serán decididamente castigados también todos aquellos sacerdotes y aquellos ministros de Dios que se atrevan a acercarse al Señor sin ser purificados. Os pido, por tanto: si alguno ha llegado hasta aquí sin haberse santificado y sin haber quitado las tinieblas de su conciencia, que se vaya; que prefiera pasar un poco de vergüenza ante la gente antes que ser golpeado por la diestra vengadora de Dios y ser consumido en el fuego eterno. Después, cada vez que deba acercarse al altar, que cada uno se acuerde de esta frase terrible: ella ha resonado solemnemente en sus oídos hoy, en el día de su elevación a los Ordenes: los sacerdotes y todos los otros ministros que se acercan al Señor o a su altar, «*se deben mantener en estado de pureza, si no el Señor se volverá contra ellos*». Que se acuerden también del infeliz y pobre Oza, que habiendo tratado de sujetar con sus manos el Arca de Dios que caía a tierra, fue golpeado por Él: su mano derecha quedó paralizada y murió (cfr. 2 Sam., cap. 6). El mismo Oza que llevaba por su cargo el Arca de la Alianza (que es solamente una prefiguración de nuestro altar), por el solo hecho de haberla

tocado con su diestra fue golpeado de un modo tan severo, aunque estaba movido por una buena intención, pero no purificado; ¡Cuánto merecerán pues la condena aquellos que, sin la debida santidad o la justa preparación, se atrevan a tocar el altar de Dios que es mucho más excelente por su santidad, como puede juzgarse por la prefiguración que nos ha sido presentada!

Os suplico, queridísimos, por la profunda misericordia de nuestro Señor Jesucristo: reflexionad seriamente sobre lo que vais a hacer; esforzáos con toda la fuerza de vuestro ánimo por huir de la ira y el castigo de Dios. Tened cuidado de vosotros mismos y de todos los demás creyentes en Cristo: ellos os piden con insistencia ser iluminados por vosotros como por quienes deben ser la luz del mundo y recibir el sabor de la sal apostólica. Así os lo ha enseñado tantas veces el Señor Jesús: «*Vosotros sois la luz del mundo; vosotros sois la sal de la tierra*» (Mt. 5, 14 y 13). Ruego consistentemente a Dios Omnipotente, de quien procede todo bien y cuyos dones son siempre lo mejor para nosotros, para que sepáis comportaros de este modo, como conviene y con toda perfección: que os inunde el rocío de salvación de sus dones celestiales y derrame sobre vosotros, ahora y siempre, su bendición más larga, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

A LOS QUE VAN A SER ORDENADOS

Homilía pronunciada el sábado después de Pentecostés 24 de mayo de 1578

Hermanos queridísimos, si vais a escudriñar profundamente lo que está escrito en el Antiguo Testamento a propósito de los sacerdotes y todos los demás ministros que sirven en el altar, en cuanto a su dignidad, la pureza interior y la limpieza exterior del cuerpo, podréis comprender claramente, cuánto más dignos y purificados deben ser los ministros y los sacerdotes de la Nueva Ley del Evangelio; cuánto más deben estar libres de toda culpa y mancha del alma y no sólo del cuerpo. ¿Vamos a comparar el sacrosanto sacrificio del Cordero inmaculado de la Nueva Ley, es decir el verdadero Hijo de nuestro Dios y Señor, que se ofrece cada día sobre el altar a Dios Padre por nuestros pecados, con aquellas víctimas ignorantes que en los días fijados eran sacrificadas en el Templo de Salomón? Comparar a estos animales carentes de inteligencia con el Dios de dioses y nuestro Salvador, Jesucristo, sería como comparar la sombra y la realidad, las tinieblas y la luz, la tierra y el cielo. Además, como el autor de la Antigua y la Nueva Ley es el mismo omnipotente y sapientísimo Creador y generador de todas las cosas, ¿cómo no comprender que todo lo que estaba prescrito en el Antiguo Testamento no fue sancionado ante todo para conducir al culto y al respeto más profundo de Dios a un pueblo tan primitivo y ligado a las cosas terrenas, sino más aún para que nosotros, seguidores de la Nueva Ley,

fuéramos místicamente instruídos por medio de aquellas figuras tipológicas a venerar la Divina Majestad, con actitudes de veneración y de amor filial y devoto? Dios no nos ha librado de la esclavitud de Egipto, o nos ha conducido a través del Mar Rojo en tierra seca, bajo la guía de Moisés, no nos ha llevado a una tierra donde mana leche y miel; pero nos ha librado del triste dominio del diablo, a quien estábamos totalmente sometidos: nos ha rescatado con la gracia de la libertad mientras éramos esclavos, sin esperanza de poder ser redimidos; nos conduce al feliz puerto de la salvación bajo la bandera de su Unigénito Hijo, que habiendo asumido nuestra carne mortal sufrió el suplicio de la cruz, haciéndonos pasar, sin ser tocados, a través de los turbulentos oleajes tempestuosos de este nuestro mundo. Ahora que, pasadas las sombras, se ha hecho de día, ahora que es claro el verdadero significado de las Escrituras, de modo breve pero profundo escudriñemos qué nos ha dejado escrito Moisés, excelso y aclamado expositor y fidelísimo intérprete de las Escrituras; meditemos qué dice en el libro del Levítico a propósito de los ministros del altar, cuando, por mandato divino, habló a Arón de este modo, y en estos términos: *«Ningún hombre que tenga alguna deformidad podrá acercarse: ni el ciego, ni el cojo, ni el que tenga el rostro deformé por defecto o por exceso, ni el mutilado de pie o de mano, ni el jorobado, ni el enano, ni el que tenga una mancha en el ojo o la sarna o llagas purulentas o sea eunuco. Ningún hombre de la estirpe del sacerdote Arón con alguna deformidad, se acercará a ofrecer sacrificios... ni el pan de su Dios»* (Lev. 21, 17-21). También en nuestro tiempo, los que se acercan al sagrado ministerio deben estar libres de estas imperfecciones y de estos defectos, a menos que hayan obtenido dispensa de quien tiene facultad para ello. Sin embargo es evidente que la primera atención será vigilar con diligencia y empeño para que no estén tocados por las manchas del espíritu, es decir los vicios, aquellos que deben ser elevados a los Sagrados Ordenes. ¿Qué significado tiene para nosotros esta ceguera de la

que se ha hablado? Indica las tinieblas de la ignorancia, por la que los ojos de la mente están tan nublados que no saben distinguir lo que deben ver. ¿Qué significado tiene el ser cojos? Es la inestabilidad del ánimo por la que quien lleva una vida viciosa vaga de acá para allá, como una hoja agitada por el viento, vacila, es alejado y arrastrado lejos. ¿Y la nariz, que por una particular y maravillosa capacidad alcanza a distinguir la variedad de los olores? Indica la capacidad de juicio, de la que muchos están desprovistos y, por ello, a veces se equivocan por exceso o por defecto, a veces tienen un mal comportamiento: de este modo se compromete también la capacidad de operar de las otras virtudes, si se poseen. ¿Qué significan el pie o la mano lesionadas, con los que caminamos y actuamos? Es el hombre que no camina en el recto camino y no realiza obras virtuosas de justicia. ¿Quién es el jorobado en la espalda, aquel que tiene la mirada siempre dirigida al suelo; o el jorobado en el pecho, que está obligado a mirar siempre hacia arriba? ¿Acaso no son el hombre ocupado sólo en los asuntos materiales, y el hombre que se enorgullece por su ambición y la posición alcanzada en este mundo? Los ojos legañosos, mal que deriva de una secreción anormal de humores infectados, indican el hombre tan seducido por los deseos carnales, que su inteligencia no está libre para percibir qué es justo hacer. Quien trata de comprender qué es la mancha blanca en el ojo, es decir esa película o membrana blanca y sutil que impide ver bien, sabe que no significa otra cosa sino el hombre que se mantiene totalmente en el bien porque se autojustifica. ¿Qué es sarna, de la que los miembros, una vez que han quedado afectados por ella, no logran liberarse? ¿Cómo no decir que es la inmundicia de la lujuria cotidiana? Los que están afectados por ella son como los cerdos que se revuelven voluptuosamente en el fango y, a menos que una intervención extraordinaria de la divina gracia venga en su ayuda, no hay esperanza de que puedan librarse, definitivamente, de aquel tenaz y lodazal. Si además decimos que las llagas purulenta-

tas son la profunda avaricia, debemos justamente observar que, así como esta enfermedad se apodera poco a poco de todo el cuerpo sin provocar dolor, destruyendo el aspecto y haciéndolo impresentable, hasta degradarse en la lepra, enfermedad horrible e incurable, así, la avaricia, penetrando en el espíritu primeramente con un deseo dulce de riquezas, invade y contamina después todas las energías del alma de modo tan virulento que acaba siendo aquel detestable vicio que el Apóstol Pablo denomina «idolatría» (Ef. 5, 5). Después no se considere tan lejano de la realidad el comparar al enfermo de hernia, que se encuentra gravemente impedido por el hecho de que sus intestinos se mueven como en un saco, por la rotura del peritoneo con el hombre impedido por torpes pensamientos y preocupaciones materiales, tan oprimido en su corazón que no logra nunca elevar sus pensamientos a la contemplación de las cosas del cielo.

Si todos estos vicios, si cada una de estas culpas, son ya una cosa grave en cualquier cristiano, que nadie dude que todo esto es aún más destructivo en los sacerdotes y en las personas consagradas al culto sagrado. Estos deben brillar como lámparas delante de todos, por la pureza de su doctrina y la integridad de su vida; que puedan desempeñar su tarea de lámparas para la que Cristo Señor los ha elegido y querido: que no estén atados a las preocupaciones materiales, que se mantengan libres de los atractivos de la carne, que no se sumerjan en la mentalidad mundana, que no se inclinen en cada circunstancia a los bienes pasajeros y caducos que no son verdaderos bienes, que no estén sometidos a las turbaciones del espíritu; que en cambio, estén serenos, bien propensos hacia su prójimo; que descansen en el Señor y fijen constantemente su ánimo en la contemplación de los divinos misterios de modo que busquen siempre las cosas de arriba, no las de la tierra, y tengan siempre la perfecta sabiduría (Cfr. Col. 3, 1-2).

No hay que pasar por alto tampoco lo que Moisés, en el mismo pasaje, prescribe a los mismos sacerdotes: «*Un*

sacerdote no deberá hacerse inmundo por el contacto con un muerto de su parentela» (Lev. 21, 1). Es un mandamiento místico para que los sacerdotes estén atentos a no favorecer, ni de modo positivo, ni por negligencia o ignorancia aquellos pecados cometidos por algunos que pueden llevar la muerte espiritual al alma. «*Serán santos para su Dios*» (Lev. 21, 6), así pues como dice el mismo legislador, Moisés, libres y puros de toda mancha de pecado.

¡Sed santos también vosotros, queridísimos! No ciegos, ni cojos, ni defectuosos, ni con defectos en la mano o el pie, ni jorobados en el corazón, ni con los ojos nublados, ni afectados del vicio de la presunción, o de la sarna de la lujuria, o la llaga de la avaricia, ni indulgentes con los diversos deseos, ni partícipes de los graves pecados de los demás. Sed en cambio santos en vuestro corazón, en las palabras, en las obras; perfectos en cualquier aspecto, para recibir dignamente el Santísimo Sacramento del Orden y ser colmados de los dones del Espíritu Santo, por la gracia divina.

No os contentéis con avanzar sólo vosotros por el camino de la virtud; haced de modo que también las demás personas se santifiquen por medio de vuestro ejemplo y de vuestra palabra. Caminando desembaradadamente por el camino de la vida hasta el monte del Señor, podáis llegar felizmente a la santa ciudad de Sión para gozar eternamente de la visión del rostro del sumo Dios. De ella embriaga a sus fieles servidores, colmóndolos de todo bien con una medida apretada, colmada y rebosante (Luc. 6, 38) por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMON V

**Pronunciado el viernes en la Octava
del Corpus Domini
10 de junio de 1583**

Este tiempo sagrado, amadísimas hijas, nos habla continuamente de amor. Estos días santos, en los que hacemos particular memoria del ilimitado amor que Dios mostró hacia sus criaturas, hasta darse a si mismo, como alimento y comida de sus almas, nos invitan —os digo— a todos nosotros a amar. En los oídos y en los corazones devotos, resuena por todas partes esta palabra: amor. Espero que muchas de vosotras, sino todas, ya hayáis profundizado de modo más particular que de costumbre, en este misterio de amor, con el corazón lleno de vivo afecto. Muchas, digo, habrán ya gustado aquellos sentimientos suaves que este pan, este maná celestial, llevan siempre consigo: su dulzura no es comprensible, ni se puede expresar, si no es experimentada. Pero incluso habiéndola experimentado, en lo que se pueda decir con eficacia y profundidad, el gusto interior es mayor de cuanto se pueda exteriorizar.

Deseo por ello, amadísimas hijas, que prestéis oído sobre todo a este sentimiento interior, no tanto a mis palabras, y saquéis el fruto. Cada alma devota, poniendo atención a la voz interior con la que le habla interiormente Dios nuestro Señor, afirme, junto con el santo profeta: «*Audiam quid loquatur in me Dominus Deus*» (Sal. 85, 9), es decir: Escucharé lo que dice en mí el Señor Dios. Veré qué quieren decir, a qué se encaminan estas santas gracias, estos favores tan especiales con los que me col-

ma. Veré, me examinaré, trataré de comprender qué me piden: son todas voces y modos con los que Dios me habla: *«Escucharé lo que habla en mí el Señor Dios»*

Estoy convencido, hermanas, que esto os será de mayor utilidad que nuestras palabras. Sin embargo, para despertar vuestra atención, estimular y encender vuestros corazones para oír esta voz del Señor Dios, no queremos dejar de deciros, en esta solemnidad, algún pensamiento que nuestra mente sugiere.

Esta mañana estábamos reflexionando cuál podría ser el centro de nuestra meditación: nos ha venido a la mente el inicio de la lectura que es proclamada en esta fiesta. Ello nos ha sido más grato aún porque sabemos qué profunda devoción tenéis al glorioso Apóstol Pablo. El pasaje, pues, dice así: *«Pues yo he recibido del Señor lo que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que fue entregado, tomó el pan, y después de haber dado gracias, lo partió y dijo: Este es mi cuerpo, que es para vosotros; haced esto en memoria mía»* (1 Cor. 11, 23-24), y todo lo que sigue. Os aseguro que no tenemos intención de meditar por completo ni siquiera todo el fragmento que os hemos leído. Pues bien, queridísimas hijas, todas estas palabras son palabras de amor, suscitan sentimientos de amor y nos han sido dichas por el Señor en persona: *«Lo que he recibido del Señor»*.

Estaba meditando por qué motivo el Señor Dios ha revelado a San Pablo no sólo las modalidades, los gestos que constituyen con precisión este sagrado misterio, sino también el tiempo preciso en el que lo instituyó: *«En la noche en que iba a ser entregado»*. Hemos concluido que todo esto fue hecho para revelar su amor hacia nosotros; ha sido una elección de su amor el instituirlo en este tiempo antes que en otro momento. Reflexionemos sobre ello un poco: *«En la noche en que fue entregado»*. En aquella noche en que iba a ser pagado por su amor con la ingratitud más execrable que se pueda pensar y, además, por sus más íntimos amigos, por el pueblo elegido que había sido favorecido con tantas gracias, en esa noche nos

deja su Cuerpo como alimento y lo da personalmente a quien lo entregaba. «*En la noche en que fue entregado*». En la noche en la que su vida iba a acabar, no por muerte natural, ni asesinado por extraños (y también en este caso habría sido un gran gesto de amor!), sino como consecuencia de una traición; palabra horrible esta, que el alma humana en su piedad y en su comprensión no puede soportar; «*en la noche en que fue entregado*», en la hora en que tenía a sus enemigos a la vista, cuando sabía que estaba próximo a sudar sangre, y veía aproximarse el momento de la muerte, terrible para su cuerpo y para los sentimientos de su alma, de modo particular para Él, sobre quien se desfogarían las iras de los Judíos; en la hora de tantas injurias, de tantos insultos y ofensas, de crueles tormentos, en la hora –digo– en la que los sentimientos y la razón hubieran exigido que estuviera triste, alejado de todo pensamiento que no lo afectase personalmente y plenamente absorto en los hechos horribles e injustificables que le iban a sobrevenir, y de los que sólo la muerte es peor, en tal hora no se detuvo sobre estos pensamientos, sino que prodigó sus beneficios sobre sus criaturas, nosotros míseros pecadores: iestaba por completo entregado a demostrar su amor profundo por nosotros! ¡Queridísimos, qué gran acto de amor fue éste! Y ciertamente si nosotros, después de haber renunciado al mundo, confiado a Dios nuestra voluntad, entregado a sus manos toda nuestra vida; si vosotras, que habéis hecho la santa profesión mediante los tres votos solemnes de pobreza, castidad y obediencia, mediante los que habéis sacrificado vuestra voluntad y a vosotras mismas a Dios, de modo que pueda decirse que ya no os pertenece; si con todo esto –digo– una ligera enfermedad que sobreviene, una palabra descortés, una pequeña humillación, una chispa de desestima bastan para desviarnos de Dios, para quitaros el gusto por la oración, por la meditación, por el Oficio Divino, por las lecturas sagradas, y para decirlo en una palabra, bastan para alejarnos de toda práctica piadosa y santa, ¿qué pensamientos, qué consideraciones no ha-

brían debido apoderarse de la mente de nuestro Señor Jesucristo, según la razón humana, en un tiempo tan lleno de dolor y tristeza? Sin embargo, Él se olvidó de si mismo, puso de lado el pensamiento de la muerte inminente y se dedicó a consolarnos, a alimentarnos, a vivificarnos a nosotros pecadores, sus traidores: nosotros causa de sus dolores, de sus tormentos y de su muerte. Amadísimas hijas ¡Qué amor fue éste? Era un amor tan abrasador que no le fue posible esperar al tiempo de la muerte para derramar su sagrada Sangre y sacrificarse a si mismo al Padre, para dar satisfacción de nuestros pecados sobre el altar de la cruz. Él quiso adelantarse a este momento dándose en alimento y comida de nuestras almas en el Santísimo Sacramento. ¡Oh hermanas, cuán frecuentemente debemos meditar este misterio, gustarlo, obtener fruto de él! ¡Con cuánta frecuencia deberemos dirigirnos a Dios y a nosotros mismos, diciendo: ¿Podré alguna vez permitir y soportar que otro ocupe mi corazón sino Vos, Señor Dios, cuando el vuestro está sólo pendiente de beneficiar a esta pobre criatura, y darse totalmente a ella? Estas meditaciones, queridísimas, deberían ser vuestra recreación, vuestro consuelo, vuestro alimento. Dios es espíritu; la parte más noble del hombre es el espíritu; por eso se puede de nutrir perfectamente sólo de Dios. ¡Felices vosotras, amadísimas hijas, que os habéis encerrado aquí por este motivo: alimentaros sólo de Dios y gustar sólo de Él! A vosotras de modo particular, se ha concedido la gracia de poder dirigirse a la iglesia cada vez que lo queráis, y contemplar aquí, adorar el sagrado y divino Cuerpo de nuestro Salvador. ¡Oh hermanas, qué tesoro nos ha dado el Señor Dios! ¡Qué benevolencia, qué amor muestra a su criatura! Es algo que va más allá de la capacidad humana. También Salomón se asombraba y consideraba cosa imaginable para la inteligencia del hombre que Dios se dignase a habitar en el Templo que él había construído con gran lujo y gloria (sin embargo sólo era una figura del que nosotros en realidad gozamos), hasta el punto de excluir: «*¿Pero es cierto que Dios habita con los hombres?*

*sobre la tierra? Los cielos y los cielos de los cielos no pueden contenerte ¡cuánto menos esta casa que yo te he edificado!». Oh Señor Dios, si los cielos son tan pequeños, comparados con tu grandeza, de modo que no puedes ser encerrado en toda su extensión, ¿qué podrá ser nunca este pequeño templo? Os repito, hermanas: si Salomón se asombraba tanto de que el Señor se dignara habitar en aquel Templo (que era sólo una prefiguración, habiéndose colocado en él el Arca, el Propiciatorio y todos los objetos sagrados), ¿qué deberemos hacer nosotros que tenemos la posibilidad de gozar efectivamente de este templo, porque en las iglesias está presente su Cuerpo, verdadero y santo, colocado en los tabernáculos y en las custodias del Santísimo? Si Salomón, lo repito, se maravillaba de que aquella pequeña construcción pudiese acoger la majestad y la grandeza de Dios, ¿qué haremos nosotros, que lo recibimos no en un templo suntuoso y rico como aquel, sino en nosotros mismos, indignos y llenos de pecados? Queridísimas, son estas reflexiones las que confunden y humillan nuestra soberbia, las que encienden el alma de gratitud y de amor hacia Dios. Si esto es lo que cada cristiano debe hacer, tanto más se espera de vosotras que hagáis otro tanto, porque vosotras tenéis una comprensión más profunda del misterio y se os ha dado una gracia mayor; vosotras podéis, como os decía antes dirigiros a la iglesia cada vez que queráis; podéis adorar el Cuerpo de Dios, ofrecerle vuestras lágrimas, vuestras aspiraciones, las necesidades, los deseos, teniendo la esperanza de ser escuchadas. ¡Qué fortuna comporta vuestro estado religioso, hijas; qué feliz es! «*Felices tus hombres, felices estos ministros tuyos que están siempre ante Ti*» (1 Re. 10, 8), decía la reina de Saba al rey Salomón. Pero ¡cuánto más felices vosotras que tenéis la fortuna de servir no a un rey de la tierra, sino al rey del cielo; vosotras que estáis en la presencia no del rey Salomón, sino del Señor Dios, rey del cielo y de la tierra! Queridísimas, debéis manteneros siempre ocupadas en estas santas meditaciones, gozar de esta vocación a la que el Señor Dios os ha*

llamado, penetrar con vivo sentimiento en este gesto de amor que lo ha movido a morir por nosotros, entregándenos a vosotras mismas con generosidad, prontitud, alegría, generosidad, decisión, dispuestas a sufrir cualquier cosa por su amor. Ciertamente, ya habéis ofrecido todo esto por medio de vuestra profesión religiosa; pero no seáis remisas en renovarla continuamente, dándole lo que ya habéis ofrecido, para celebrar con fruto particular esta festividad y consumar en el amor estos días que hablan continuamente de amor, como antes os dije. No borréis jamás de vuestro corazón el recuerdo de que el Señor ha nacido por vosotras; que ésta sea la dedicatoria escrita sobre vuestro corazón; que sea éste el sello de vuestras obras y reflexiones. Sea éste el recuerdo que os facilite toda cosa difícil, que os conduzca a no tener en cuenta a vosotras mismas y todos los intereses terrenos. Repetíos frecuentemente: Si el Señor se ha entregado a si mismo de modo total a mi, ¿cómo no darmel a mi misma por completo a Él? Si el Señor —digo— no ha prestado atención a ninguna realidad terrena, ni siquiera a su vida, para salvarme, ¿por qué yo también no voy a querer vivir libre de ellas para conseguir la salvación? ¿Cómo no dar las riquezas, los honores, y la misma vida para salvarme? ¿Por qué yo no voy a vivir libre de ellas para conseguir la salvación? ¿Qué puede haber para vosotras tan dificultoso como para rechazar realizarla; o tan pesada como para no querer soportarla; o tan amarga como para no gustarla por amor de Aquel que, por nuestro amor, ha surcado mares difíciles y llenos de emboscadas, ha llevado todos los pesos pesados sobre sus espaldas, ha gustado la hiel de la amargura? ¿Qué efectos no debería provocar en nosotros este dulce recuerdo, esta suave contemplación, estas palabras de amor: Dios ha muerto por nosotros? Se lee de una santa llamada Margarita, hija del rey Esteban de Hungría y de la reina María, a propósito de la cual los padres como consecuencia de algunos hechos que les habían sucedido habían formulado un voto antes de su nacimiento para que fuera consagrada a la vida religiosa; lle-

vada a un monasterio a los tres años, a los cuatro se le hizo vestir el hábito monacal; ella, os digo, viendo un día una cruz, preguntó a las monjas qué signo era. Le respondieron que se llamaba cruz y que en una como aquella el Señor Jesucristo había derramado su sangre y había muerto por nuestro amor. Estas palabras que declaraban cómo había muerto el Señor por nosotros hicieron tanto efecto en la niña, commovieron tanto su noble y augusto corazón que, volviéndose hacia ella, salió con esta invocación: «¡Señor, confío en Ti!»; como si le dijera: Señor, en cuanto me es posible, comprendo y conozco qué grande fue el amor que te llevó a la muerte por mí; como gesto de gratitud me entrego y me consagro totalmente a Ti; me confío a aquellas manos que por mí fueron clavadas al leño de la cruz: Señor, me confío a Ti!

Queridísimas, éste fue un verdadero acto de amor, un gesto que demuestra la nobleza del corazón, un sacrificio ofrecido a Dios en olor de suavidad. Esto es lo que busca Dios de nosotros. ¿Acaso el Señor quiere vuestro oro, vuestra plata o vuestras riquezas? ¡No! ¡Quiere nuestro corazón, nuestro corazón! Esto es pues lo que debemos ofrecerle, amadísimas hijas; consagrémosle con generosidad los afectos, los deseos, toda nuestra voluntad y capacidad; liberados de toda atadura terrena, fortificados por aquel alimento que es su divino Cuerpo, podremos avanzar libremente y con alegría hacia la patria celestial que el Señor os querrá conceder. Amén.

SERMON VI

**Pronunciado el domingo dentro de la octava
del Corpus Domini
12 de junio de 1583**

La ocasión de este servicio pastoral que estamos realizando para vosotras, amadísimas hijas, es que, debiéndonos alejar durante seis u ocho días, y, por ello ante la imposibilidad de celebrar el próximo viernes nuestras habituales funciones sagradas, hemos querido hallar el modo de reparar hoy, para no faltar, en lo posible, a la promesa hecha a vosotras. Nuestra meditación se detendrá una vez más sobre aquel santo misterio que la Madre Iglesia nos propone para toda la octava: la institución del Santísimo Sacramento. Os expondré una sola consideración, puesto que el tiempo es limitado: espero sin embargo que os sirva de ocasión para pasar algún tiempo en oración.

Estaba considerando el amor que el Señor Jesús nos ha demostrado, queriendo dejarse a si mismo para nosotros como alimento y queriendo morir por nuestro amor. En todo esto, he considerado cuánta atención ha tenido hacia nosotros, cuánto ha estimado a esta criatura suya. Cosa asombrosa que un ser miserable, una vil criatura, sea tan importante ante Dios, sea tan estimada por Él, como para humillarse a salvarla, tomando la forma de siervo (cfr. Fil. 2, 7), hasta morir. No contento con todo esto, para ayudarla, para sostenerla, para darle nueva vida, se ha dado a si mismo en alimento. De todo esto podemos extraer esta consideración, amadísimas hijas: cuánto debemos estimar a esta alma nuestra, cuánto ho-

nor debemos tributarle, cuánto respeto prestarle. ¡Hermanas, qué poco prudentes somos en este campo, qué descuidados todos nosotros! Aún si esto fuese un asunto de interés común y no tuviésemos parte interesada en ello, no deberíamos igualmente por respeto a la obra de Dios entregar sin medida todo nuestro afán, hasta dar la propia sangre? ¡Sin embargo es algo que afecta a nosotros en particular, que interesa a nuestra propia persona, en lo que se cifra nuestra felicidad, beatitud, o condena! Pero iqué superficiales y negligentes somos sobre este hecho! Estamos extremadamente dispuestos a resentirnos cuando nos damos cuenta de que un trabajo nuestro, que nos ha costado sudor, no es tenido en cuenta; tanto más si quienes se comportan así son aquellos por quienes nos hemos tomado las molestias. ¿Y tratamos de este modo las obras de Dios, con tan poco respeto? ¡Y nos atrevemos a pensar, desgraciados de nosotros, que el daño y el resentimiento afectan sólo a él? ¡Queridísimas, nos engañamos y muy mucho! El Señor en verdad se irritará pero para nosotros esto revertirá en desventaja; Él castigará nuestra ingratitud, nuestro descuido, nuestra maldad. ¡Tenemos un ejemplo en el libro del Génesis de cuán severamente castigó a su pueblo que, ocupado en hacer el mal, no se preocupaba de la salvación de su propia alma! El Señor según su poder y su justicia, se irritó contra quien lo merecía. Escuchadlo, queridísimas: *«El Señor vió que la maldad de los hombres era grande sobre toda la tierra y que todo deseo concebido por su corazón no era sino el mal».*

Hermanas, el Señor observa las intenciones del corazón, «todos los pensamientos del corazón»; Él se da cuenta, observa, sopesa —os lo repito— el corazón del hombre; y, según sus intenciones, recompensa o castiga. No está ciertamente inclinado al castigo; somos nosotros, con nuestras malas acciones, quienes lo obligamos: debe resentirse para dar satisfacción a su naturaleza que es ser justo. *«Se arrepintió en su corazón».* No es seguro por qué se dan en Dios estos sentimientos de dolor; se dice

esto como ejemplo, para hacernos comprender, para subrayar el hecho. «Sintió dolor en su corazón y dijo: Exterminaré al hombre que he creado ó, como si dijera: obligado por la ingratitud del hombre, por la poca atención y la poca estima que presta a los beneficios que le he hecho, exterminaré (es decir destruiré; que es precisamente aquel «*delebo*») «*hominem quem crevi*», al hombre que yo mismo he creado, que no sólo he favorecido, no sólo he amado, no sólo he nutrido, sino que he creado. Ahora estoy obligado a exterminar esta criatura mía a la que he dado vida a imagen mía, he colocado en una posición de honor, enriquecido con numerosas gracias, con inmensos dones, a cuasa de su maldad y perversidad. Y con él deberé destruir también a todo lo que he creado a su servicio, «con el hombre, también los animales». ¡Queridísimas, qué tremendo poder tienen nuestros pecados! Obligan a Dios por así decirlo, a que cumpla lo que no querría: Él desea mucho más salvarnos de cuanto nosotros podamos desecharlo. Pero ¿por qué me contento con decir la palabra «deseoso»? Todo su placer, su alegría consiste en favorecernos, en ennoblecernos, en exaltarnos, salvarnos, hacernos felices. ¿Qué cosa no ha creado Dios en servicio del hombre? Los mares, los campos, las plantas, los peces, las aves, y todas las otras innumerables criaturas. ¿Y de qué dones no ha dotado al propio hombre? En primer lugar lo ha colmado de todo bien natural: la vida, la razón, la capacidad de juzgar, y todas las demás características humanas. En los dones sobrenaturales después, cuántos Sacramentos: Bautismo, Confesiones, Comuniones, Sagrada Unción, y todos los demás. Cuánta luz interior, cuántas inspiraciones, y qué suavidades espirituales! ¡Amadísimas hijas, qué beneficios inmensos son éstos! ¡Qué grande es el amor de Dios hacia su criatura! No quiero recordar aquí aquel beneficio mayor que todos los demás, que es el acto de caridad que supera a todo amor más profundo y perfecto: el misterio de nuestra redención, porque confío que no hay necesidad de hablar de él, itan grabado y fijo lo tenéis en vuestro corazón! De-

bemos ser asiduos en estas meditaciones; deben servirnos para mantenernos despiertos, encendidos y fervientes en el servicio de Dios bendito. Además, como hemos tratado de comprender sus beneficios, y sus dones, debemos esforzarnos por comprender cómo usarlos bien, cómo emplearlos, cómo servirnos de ellos. Debemos examinarnos a menudo en nuestro interior. Encuentro, por ejemplo que el Señor me ha hecho un determinado don, me ha concedido una gracia, me ha enriquecido con una capacidad: ¿cómo hago uso de ella? ¿lo empleo para el fin que me ha establecido o no? ¿No? De ahora en adelante me esforzaré profundamente por comportarme de este modo. ¿Sí? Con su gracia trataré de acrecentarla y de llevarla a mayor perfección. Tales consideraciones deberían ser el inicio y el fin de nuestras oraciones; y vosotras, amadísimas hijas, puesto que os habéis consagrado al servicio de Dios nuestro Señor, deberíais de modo particular entrar a menudo en vuestro interior y deciros: He bajado la vida secular, he entrado en este sagrado monasterio, me he encerrado en estos claustros, me he dedicado al servicio de Dios nuestro Señor, he hecho los tres votos solemnes de obediencia, pobreza y castidad; estoy aquí en esta tranquilidad espiritual, sin estorbo, sin molestias y estoy gozando aquí en la tierra del paraíso. Pero ¿cómo respondo yo a esta vocación mía? ¿Cómo empleo estas gracias y estos dones? ¿Qué anhelo tengo hacia este fin? ¿Sirvo a Dios o al mundo? ¡Desgraciadamente también yo soy esclava del mundo! ¿Seguiré siendo monja sólo para vivir en la tranquilidad? ¿He llegado hasta aquí para ser consagrada y en cambio vivo una vida secular?

Hijas, debéis meditar frecuentemente estas cosas y llevar a menudo vuestras cuentas espirituales; considerad cómo son empleadas vuestras facultades y vuestros dones: si seguimos la voluntad del Señor o no. Puede suceder, a veces, que no las empleemos mal, pero sin embargo pueden también no estar encaminadas hacia el fin para el que nos han sido dadas. Esto conllevaría para nosotros castigo y pena. Lo mismo leemos escrito en el Evangelio

a propósito de aquella higuera que no producía fruto y el amo mandó que fuera talada (Cfr. Luc. 13, 7). Aquel árbol podía servir para muchas cosas, por lo menos para dar sombra. Sin embargo el amo quiso que fuese extirpado; ¿Por qué? Porque no servía a su fin. Lo mismo sucede con uno que plante una vid, que de forma a una vasija o a otro objeto: si no llegan a ser como él deseaba, para el servicio para el que lo ha plantado o modelado, ¿qué hará? La extirpará o la destruirá; porque, aunque puedan servir a otros, a él no le sirven. Así sucede también a nosotros, queridísimas. Podremos hacer muchas cosas que en si no son malas: tomarnos alguna comodidad de más, charlar frecuentemente la una con la otra, ir a encontrarnos con parientes y otras cosas semejantes; vosotras no debéis aferraros a comodidades inadecuadas a vuestro estado; no debéis hablar de cosas vanas y mundanas, y menos aún contra vuestro prójimo; no iréis a reuniros con parientes sin el permiso y no haréis otras cosas semejantes. Ellas en si no son cosas malas, ni van contra el honor de Dios; sin embargo no sirven para el fin de vuestra vocación, más aún la mayoría de las veces son fuente de distracción y os disponen mal para la oración. ¡Qué necesario es ser sagaces, prudentes y previsoras, diligentes en el examen; prudentes antes de concedernos algo o condescender a los deseos de nuestros sentidos, para no caer en el abismo de la tentación! Por eso, amadísimas hijas, poned cuidado en todo esto, permaneced constantes en estos propósitos. El alma religiosa debe saber retirarse a menudo en su interior, y tener fijo aquel consejo que también yo mismo me ofrezco a mí mismo, incluso en otras circunstancias: ¿Cuántas almas harían mejor que yo si se hallaran en la condición en que yo me hallo? ¿Cuántas desearían conseguir la fortuna de entrar en religión para llevar una vida de contemplación, para servir de un modo más perfecto al Señor, y sin embargo no les es posible? Y yo que estoy en este estado, conseguido quizás a fuerza de excesiva fatiga, no soy capaz de apreciarlo, ni hago uso de él como debiera, no correspondo a una vocación tan

grande. Nosotros debemos sentirnos confundidos, queridísimas, al ver a ciertas almas (y yo mismo he visto a algunas) como, por ejemplo, estas vírgenes de Sta. Ursula y tantas otras, llenas del gusto de las cosas de Dios, dirigirse a la santa comunión con tanto afecto y deseo religioso, apartadas de los placeres de este mundo, recogidas en si mismas, mortificadas, siempre alegres incluso cuando son despreciadas y calumniadas, confiadas y en la voluntad de Dios; y si ellas gozaran de la fortuna de poder entrar en un monasterio, se retirarían en él felices. A menudo no lo pueden hacer, porque no todos los monasterios tienen la posibilidad de mantenerlas. Sin embargo, aun permaneciendo inmersas en la vida ordinaria, son motivo de confusión para las que han entrado en un convento. Es necesario que la religiosa mantenga siempre dentro de si el temor de ocupar injustamente el lugar que otra podría ocupar; que sería mejor que ella, si se encontrase en su lugar. Que tenga siempre el temor de sentir resonar aquella tremenda voz que haga resonar en sus oídos estas palabras: *¿por qué ocupas la tierra en balde?* (Cfr. Luc. 13, 7). Que éstas sean las consideraciones que os inciten al servicio de Dios, os hagan vigilantes, hagan de vosotras almas fervorosas, por la abundancia de gracias que la majestad divina derrama sobre vosotras. El temor de ocupar en vano el puesto en el que estáis, sirva para haceros más diligentes y cuidadosas, reconociendo la gran dignidad de vuestra vocación y meditando a menudo los premios que se prometen a quienes corresponden fielmente. De ellos vuestro padre, el apóstol Pablo, dice: *«ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman»* (1 Cor. 2, 9).

Os aseguro que es verdad, amadísimas; al final, todas las cosas de este mundo se revelan como la nada: sólo las de Dios tienen valor: acaban las riquezas, acaban los honores, la gloria, los Estados, los Principados; todos acaban. Sólo los bienes eternos perduran. Salomón que gozó de una paz envidiable, que fue tan sabio y rico, rey poderosísimo, tan amado por los pueblos y por sus súbditos,

después de haber gustado todos los placeres del mundo, dueño de un elevado número de esclavos y esclavas, después de haber gozado a placer de la dulzura de la música y de todo instrumento, después de haber amasado tanto oro y tanta plata, después de haber dado satisfacción a todo deseo de sus ojos, acabó por sacar la conclusión que él mismo expuso en el libro del Eclesiastés (libro utilísimo): «*Todo es vanidad*», ya sea el oro, la plata, los honores, las riquezas, el tener tantos esclavos, la dulzura de las melodías; afirma que todo es vanidad y muestra, en cambio, en qué consiste la verdadera felicidad que puede obtenerse en este mundo: «*No hay nada mejor que alegrarse y actuar bien en la vida*» (Ecl. 3, 12). He constatado –dice– que el hacer el bien, practicar las virtudes y servir a Dios en la alegría es la más dulce, perfecta y suave paz. Amadísimas hijas, en esto consiste la verdadera felicidad, que cualquiera puede, debe desear y procurarse con todas las fuerzas. Quien la posee alaba eternamente al Señor, como debéis hacer vosotras que la habéis alcanzado. No debería pasar un día sin que le diérais gracias devotamente, sin la búsqueda de la perfección en la virtud, como signo de gratitud hacia tanto amor. ¡Cuán frecuentemente debéis entrar en vosotras mismas, entrar en el interior de vuestra alma y ver dónde se encuentra depositado y guardado este precioso y raro tesoro! ¡qué frecuentemente, os lo decía hace poco, el alma religiosa debería recogerse en lo secreto de su alma, examinarse cómo ha pasado el tiempo durante el día, cómo se ha servido de los momentos de oración, cómo se ha acercado a la Santa Comunión, qué fruto ha obtenido de las santas lecturas, cómo ha puesto en práctica las buenas inspiraciones, cuánto tiempo ha sabido permanecer en silencio, cómo ha observado su Regla y los votos, cuántas veces ha sabido vencerse a si misma, cómo ha conversado con sus hermanas, y qué temas han sido el centro de sus conversaciones, si ha sabido usar con moderación las comodidades ofrecidas, de la comida, de la bebida, del sueño... y de cualquier otra cosa! Y, creedme, queridísimas: es un ejercicio

extremadamente útil, que deberemos practicar cotidianamente.

Lo que os digo a vosotras, me lo digo a mí mismo y a todos los cristianos: *«Os doy un consejo, como quien ha obtenido misericordia del Señor y merece confianza»* (1 Cor. 7, 25); así dice vuestro glorioso padre San Pablo, y retomando sus palabras también yo os lo repito a vosotras, hijas; os lo dejo como prenda hasta nuestra vuelta: ocupáos en examinar frecuentemente vuestra condición y el fin de vuestra vida. No estoy hablando del final, de la muerte, del juicio final: todas estas cosas son buenas de meditar y muy útiles para el progreso de la vida espiritual; os hablo del fin para el que Dios os ha creado y dotado de gracias tan raras y distintas; aquel fin –digo– para el que os ha llamado a una vocación tan noble y os ha enriquecido con los dones espirituales. El fin para el que se nos han dado y para que los empleemos y los usemos: *«He venido a traer fuego a la tierra y ¡cómo desearía que ardiera ya!»* (Luc. 12, 49). Dios quiere que hagamos dar fruto a sus talentos, a sus dones, a sus gracias. Él nos ha proporcionado los dotes: quiere que nosotros los empleemos; nos ha dado la gracia: quiere que gocemos de ella y nos sirvamos de ella. ¡Cuánto cuidado y atención debemos poner en no dejar inactivos y vanos los dones y las gracias del Señor! En toda acción, una detrás de la otra, en toda oportunidad que se nos da, debemos siempre sacar alguna ventaja, desecharla, estimularnos; que cada una se diga a si misma: El Señor hoy me concede la posibilidad de comulgar: ¿seré tan ingrata frente a tanto amor de no recibirla? Si me concede poder ir a adorar su Sacratísimo Cuerpo cada vez que quiero, ¿por qué no voy a ir cada vez que me sea posible? Si soy reprendida por mi superiora o alguna hermana mía, dejaré pasar esta buena ocasión para mejorar? ¿Acaso no deberé humillarme con prontitud, y confesar mis imperfecciones? Si se me da un poco de tiempo y de descanso de las ocupaciones externas, lo emplearé en cosas vanas y ociosas? ¿No deberé, por el contrario, entregarme prontamente a la oración, a

la lectura de libros sagrados y a otros ejercicios de piedad? En todas las comodidades que el Señor os concede, no perdáis el tiempo, no tengáis enterrados los talentos, avanzad mientras que el mar está tranquilo y el viento es favorable y la luz de la estrella polar os sirve de guía. No ayunéis, queridísimas, hasta que tengáis al Esposo entre vosotras: regocijáos continuamente en su gracia, saciáos con el cumplimiento de su santa voluntad. Todo lo que os suceda, en favor o en desfavor, sea fuente de dulzura o de amargura, que todo sirva para nutriros, para que podáis crecer y fortificarnos en el camino del espíritu. Haciendo así, nunca estaréis en ayunas. «No puede permanecer en ayunas quien es nutrido por la gracia del Salvador», dice San Ambrosio, comentando aquella frase del Evangelio: «*¿Pueden acaso permanecer en ayunas los invitados a las bodas cuando el esposo está con ellos?*» (Mc. 2, 9).

Os digo: estaréis siempre bien nutridas, fuertes, capaces de caminar hasta aquella sagrada y divina montaña a la que el Señor, en su bondad, quiera conducirnos a todos. Amén.

SERMON XVI

**Pronunciado con ocasión de la toma de hábito de
la hermana Angelica Monica Rossi en la vigilia
de la fiesta del Corpus Domini
30 de mayo de 1584**

El sagrado oficio de dar el hábito religioso a esta hija, hoy, sucede en un momento muy favorable, amadísimas hijas; este rito armoniza muy bien con las solemnidades pasadas y con la que va a iniciarse, la institución del Santísimo Sacramento: es un tiempo muy indicado para el ofrecimiento de nosotros mismos a Dios, para darnos en sacrificio a Él, en señal de gratitud o, al menos, en testimonio de nuestra gratitud por el gran amor que nos ha tenido y continuamente nos tiene. Es verdad que cualquier tiempo es oportuno y es ocasión para hacer memoria de las gracias especiales que hemos recibido de su mano divina y pródiga; sin embargo somos invitados, más aún, diría casi forzados por la misma razón a comportarnos con mayor afecto, en este tiempo sagrado. Hemos celebrado la efusión del Espíritu Santo; hemos recordado los innumerables favores que Dios nuestro Señor nos ha dado, derramando su gracia sobre nosotros criaturas indignas e ingratas con tanta abundancia, que no la recibieron en don ni la gozaron solamente la gente de aquel tiempo o aquellos que estaban presentes, sino que somos partícipes de ella y la experimentamos también todos nosotros: aquella gracia está destinada a producir fruto hasta el fin del mundo. Estas, pues, han sido fiestas solemnes, portadoras de especiales y singulares gracias. La que sigue, sin embargo supera y sobrepasa a todas. En Pente-

costés el Señor nos da su ayuda y su gracia; pero no nos da sólo estas dos realidades (ayuda y gracia son estimadas por nosotros, si nos vienen de personajes importantes): nos hace tambien dueños de su Cuerpo, Sangre, alma: en una palabra de todo Él. Queridísimas, iqué exceso de amor es éste! ¡Oh criatura, oh tierra, oh mundo! ¿cuándo serás capaz de comprenderlo y de apreciarlo? Nuestra ingratitud y ceguera es tan grande que el cielo aparece pequeño a nuestros ojos, la tierra poca cosa, una nada toda esta compleja construcción que el Sumo Arquitecto ha hecho en beneficio del hombre, con tanto empeño.

Hemos hecho pesada y oscura la vida, o mejor dicho, hemos hecho insensible el corazón hasta el punto de que no logramos ya obtener los beneficios y gracias tan sublimes y excelentes: nos hacemos inferiores a los animales que quedan para siempre aficionados y ligados, para defenderlos, protegerlos y servirlos, a aquellos que les han proporcionado alimento al menos alguna vez o los han librado de algún peligro. ¡Qué ingratitud! ¿Podía hacer menos nuestro Dios? ¡Yo pienso que realmente no! Su gran Majestad ha bajado del cielo a la tierra, por nosotros miserables pecadores; la divina presencia ha beneficiado, durante tantos años, este valle de miserias; la luz espléndida y maravillosa se ha revestido de nuestro oscuro vestido mortal; el Justo, el Inocente ha sufrido tantas y tantas injurias, tormentos, aflicciones; y por último, el Hijo de Dios, hecho hombre, ha muerto sobre el leño de la cruz. Y sin embargo, después de todo esto, él no está todavía contento y satisfecho, sino que, sigue ardiendo en amor por todos nosotros, nos deja su espíritu, su alma, su cuerpo como alimento, comida, sostén, fuerza, consuelo, alegría, para toda la duración de nuestra vida. La suya no ha sido una elección temporal: esta gracia debe durar hasta el fin del mundo: *«Mirad, yo estoy con todos vosotros hasta el fin del mundo»* (Mt. 28, 20).

Oh criatura, oh alma cristiana, te lo repito: ¿cuándo sabrás comprender, al menos en parte, este inmenso bien, este entrañable amor? Tener ante los ojos este espectácu-

lo divino, el Santísimo Sacramento; poder descubrir ante su temible presencia todas nuestras necesidades; poder gozar y beneficiarnos en todo momento; ser siempre ayudados, aliviados, confortados, consolados plenamente! ¡Queridísimas, qué favores y cuánta dignidad, qué gracias son todas éstas! ¡Es un tiempo pleno de amor! Se ven llover gracias por todas partes; parece que todo se convierte en alegría, gozo, júbilo y contento. Mañana lo podremos constatar: veremos, por así decir, florecer la tierra por todas partes e incluso los muros revestidos de gozo: se verán procesiones, se oirán músicas, campanas, y cada uno se mostrará sumamente alegre y contento. ¡Oh amor ilimitado del Señor Dios! «*¿Con qué me presentaré al Señor?*» (Mic. 6, 6), decía un siervo tuyo: ¿qué cosa digna daré a mi Señor? ¿Dónde podré encontrar oro, plata, joyas, dónde hallaré un tesoro tan precioso que pueda recompensarlo? Me daré a mi mismo como gesto de reconocimiento de este amor singular. Comprendo que no puedo ofrecer nada más apropiado que mi persona y por ello me daré a mí mismo, pagando vida con vida. Si bien este precio es con mucho inferior al coste y al valor de su vida, el Señor está igualmente contento. No quiere que busquemos fuera de nosotros lo que pueda demostrarle nuestro agradecimiento; está satisfecho con lo que hay dentro de nosotros, más aún se goza, se alegra, se complacé. Esta mañana, vosotras hijas, habéis hecho este ofrecimiento: el vuestro y el de todas vuestras hermanas. Este era el tiempo más adecuado para vosotros para hacer vuestro ofrecimiento y para vuestras hermanas de renovarlo. Debéis ahora, encender nuevamente aquel propósito de abrazarlo que un día habéis manifestado, abrazarlo con alegría y amor renovados, renunciar al mundo de modo aún más total y con ánimo grande, renovar vuestros votos y vuestras promesas, someter con nueva prontitud y sumisión el cuello a este yugo suave. En una palabra, renovar del modo más verdadero la elección de la vida religiosa y vuestro ánimo. No es conveniente, queridísimas, no es conveniente celebrar este sagrado misterio,

esta gran fiesta como si fuese una realidad común, una cosa estereotipada, como una obra cualquiera realizada por el Señor Dios. Debéis despertaros, dilatar y encender el corazón, elevar las almas a las cosas del cielo, debéis entregaros realmente a la majestad divina; no debéis preocuparos y pensar en otra cosa, sentiros en sintonía con otros que con vuestro Esposo, único Señor y Dios. Si lo tenéis a Él, ¿qué os falta? ¿Qué otra cosa podéis desear? «*Deus meus et omnia*» decía un siervo grato a Él; tengo todo lo que deseo, poseo todo, soy el amo de todo, si tengo a mi Dios; «*Deus meus et omnia*»: no tengo mi interés en los otros, ninguno me puede dar satisfacción, no me preocupo ya de ninguna cosa, ni me ocupo de otra cosa, si tengo a mi Dios. «*Deus meus et omnia*». «A quién tengo yo en los cielos? Fuera de Ti en nada me complazco sobre la tierra» (Sal. 73, 25) ha sido la oración que tú, hija, has hecho esta mañana. ¿A quién tengo yo en el cielo? ¿Qué puedo desear para mí en la tierra, si poseo ya a mi Dios, el que se ha apoderado ya de mi corazón, y es toda la porción de mi heredad? (Cfr. Sal. 16, 5). «*La roca de mi corazón y mi porción es Dios por siempre*» (Sal. 73, 26). ¿Por qué envilecer la dignidad de nuestro corazón amando cosas caducas, cuando es capaz de amar a Dios? Queridísimas, si consideraramos, como es justo, todo esto profundamente, ¿cómo nos sentiríamos despegados de este mundo, cómo lo despreciaríamos, cómo se elevaría a Dios nuestro corazón, lleno e inflamado de amor por Él! Después si ya hemos experimentado el deseo de actuar así, si ya hemos tenido ocasiones que favorecieron todo esto, ahora –os digo– es el momento más apropiado para enamorarnos de Dios, para fundirnos en sentimientos de amor por Él, para transformarnos en Dios. Hermanas, si la Esposa del Cantar de los Cantares se sentía desfallecer con solo oír su voz, tanto lo amaba, ¿qué debería quedar de nosotros que nos alimentamos de Él realmente? ¡Qué gracia, qué don! ¡Qué grande es el amor del Señor Dios, qué dulces son sus consolaciones! ¡Qué dulzura, qué paz para aquella alma que se hace disponible para Él! Hablo

del alma religiosa que se entrega totalmente a Dios, que alarga su corazón, y deja que la divina gracia actúe en ella. «He abierto el pestillo de mi puerta (es decir mi corazón) a mi amado», dice la Esposa del Cantar; he abierto el pestillo de mi corazón, he quitado la dureza y la obstinación de mi alma. E inmediatamente, apenas el Señor ha hablado, teniendo ya el corazón libre y dispuesto para escuchar su voz, mi alma al resonar sus palabras ha desfallecido: *«Anima mea liquefacta est ut (dilectus) locutus est»*. Es necesario suprimir, queridísimas estas durezas del corazón, estas asperezas, estas indisponibilidades porque ofenden al Señor Dios, dan impedimento a su gracia. He levantado el pestillo de mi corazón para mi amado: hay que eliminar las tinieblas del corazón, abrir estos pestillos, ablandar estas durezas, abandonar esta desconfianza, este temor desordenado, si queremos ser ayudados en las necesidades y hallar gracia ante Dios. La puerta de la misericordia está ya abierta y podemos ser recibidos en audiencia en cualquier momento; podemos hablar a nuestro felicísimo abogado y juez cada vez que queramos. Queridísimas, si la mujer del Evangelio estaba segura de que con solo tocar el borde de los vestidos del Señor se curaría: *«Si consigo aunque sólo sea tocar su manto, seré sanada»* (Mt. 9, 21; cfr. Mc. 5, 28); y estaba tan segura en su corazón de que aquel solo contacto la podía sanar, ¿qué confianza deberemos tener nosotros que no sólo tocamos las franjas de su ropa, no sólo el manto, sino que recibimos su Santo Cuerpo y su Sangre en nosotros mismos? Él se comunica con nosotros lleno de gracias, de riquezas abundantes, de dones espirituales! ¡Qué poco gozamos de nuestras riquezas y valores que poseemos! ¡Qué poco gozamos de la dignidad y de las comodidades que tenemos! Si al solo paso de la sombra de los Apóstoles la gente se curaba (cfr. Act. 5, 15), o al roce de sus mantos muchos se veían liberados de diversas enfermedades, y, todavía en nuestros tiempos, tantos son curados con solo acercarse a las urnas y las cenizas de los cuerpos de los Santos, ¿qué favores, qué gracias, frutos, consolaciones no

deberemos esperar recibir? Y no sólo cuando recibimos la Comunión en el Sacramento, sino también cuando lo vemos y lo adoramos. ¡Cómo deberemos sentir el alma llena de consuelo, queridísimas, cada vez que nos accordamos de este tesoro! ¡Qué júbilo, seguridad, gratitud ante Dios que nos ha colmado de un bien tan grande! El solo recuerdo de todo esto debería ser suficiente para alejar la tristeza y la negligencia que tenemos. El Señor, para aliviar los sufrimientos del profeta Jeremías, quería que se accordara de sus penas y sus dolores: *«El recuerdo de mi miseria y de mi errar es ajenjo y veneno»* (Lam. 3, 19). Si el simple recuerdo de los sufrimientos del Señor era capaz de aliviar las atroces penas que Jeremías soportaba por la destrucción de Jerusalén, icuánto mayor será el consuelo que nos traerá este Santísimo Sacramento, que, además de los dones que lleva consigo, es recibido como un memorial santo: *«Haced esto en memoria mía»* (Lc. 22, 19; cfr. 1 Cor. 11, 24)? Aquel santo profeta nos hace ver qué preciado le era aquel recuerdo, pues añade estas palabras: *«Bien me acuerdo, y se abate mi ánimo dentro de mí»* (Lam. 3, 20): esculpiré en mi corazón, estamparé en mi mente, grabaré en mi interior la impronta de esta gran gracia portadora de salvación, de este don singular y especial favor. Lo haré de modo que cada vez que me acuerde mi alma se sienta desfallecer: *«Bien me acuerdo, y se abate mi ánimo dentro de mí»*.

Hijas, si el alma se desfallece con el solo recuerdo de todo esto ¡cómo podemos soportar que en nosotros dominen tantos defectos, imperfecciones tan graves, tantos deseos, proyectos, tensiones, intereses? ¿No debe ser mayor la prontitud en esforzarnos por abandonarnos a nosotros mismos y dedicarnos por entero a Dios por este Santísimo Sacramento que sabe atraer hacia si a las almas de un modo tan decidido? Es verdad que aún si nos damos enteramente a Dios, no hacemos otra cosa que devolverle lo que es ya suyo; esto, sin embargo, es un testimonio de nuestra gratitud. Queridísimas, como frecuentemente os digo, haced a menudo ofrecimiento de vosotras mismas a

Dios, renovadlo con frecuencia amorosamente; y con la ofrenda de la vida (sobre todo tú, hija, que hoy te consagras, y, de este modo das inicio a este santo sacrificio), vivid con este amor, con este fervoroso deseo y esforzáos, con la ayuda del Señor Dios por llevar a perfección vuestra llamada.

Queridísimas, habríamos querido hacer completa esta fiesta, más plena esta ofrenda de sacrificio añadiendo a la solemnidad a esta otra hermana que tiene la misma intención de consagrarse al Señor. Pero como ella no ha preparado y ordenado completamente todos sus deberes, hemos dejado la cosa para dentro de algunos días; así la obra del Señor será llevada a término de modo aún más excelente y ella podrá madurar más profundamente su deseo y su propósito; libre de toda preocupación munda, pueda ella celebrar así sus bodas sagradas y no se acuerde más, si ello es posible, del mundo que ha dejado. Será algo grato también para vosotras, queridísimas hermanas, si, habiendo pensado pasar un solo momento de alegría, una sola fiesta, os encontraréis con dos celebraciones. Entretanto ella hará crecer su deseo; y esta realidad en la que el Señor se complace. En este tiempo, después, conocerá la grandeza del estado religioso, cuál es el espíritu y el fervor necesario para caminar a lo largo de la vía de la perfección; así esta dilación en el tiempo será fructífera y consoladora para ella y para vosotras. No entendamos, con esto, que ella no pueda disponer de sus actos también en el futuro, como ella quiera; más aún, el sagrado Concilio de Trento exige que las postulantes tengan este año de noviciado, durante el cual, hasta la profesión religiosa, tengan todas las facultades de disponer de ellas mismas y de lo que posean, de modo que se dediquen al Señor y a su servicio con mayor convicción. El santo Concilio da esta facultad y nosotros, en su nombre, la confirmamos. Así pues, a pesar de que ella ya está profundamente convencida de su elección, hemos juzgado que estaría bien, dado que está concedido, que ella encuentre una justa preparación de sus intereses materiales; en efec-

to consideramos cosa no indicada e inconveniente, después que se haya entregado a Cristo y elegido llevar una vida celestial, el rebajarse a plegar el ánimo a las realidades terrenas, ocupando su mente en estos pensamientos. En cuanto es facultad nuestra, esto se debe evitar: Después de haberse consagrado a Cristo, después de haber dado la espalda al mundo y haberlo abandonado definitivamente, por vuestra parte no se aspire, no se piense y no se tienda a otra cosa que a estar eternamente unidas al Señor Dios, para conseguir el premio de la llamada eterna.

En línea con todo esto, para que sirva de consuelo a quienes desde hace tiempo han abrazado este estado, a quien hoy ha entrado en él y quien va a abrazarlo, quiero narraros un episodio de la Sagrada Escritura, un ejemplo importante, que se adapta bien a la condición del noviciado; es como la norma, por así decir, de cómo debe comportarse una novicia en el año de prueba. El ejemplo es de Moisés, cuando nuestro Señor lo llamó al monte para aprender la Ley (Cfr. Ex. 34). ¿Y qué otra cosa es el estado de novicia sino aprender la ley del Señor: aprender los fundamentos de la fe, conocer la voluntad del Señor Dios, el modo de orar, los medios para vencerse a uno mismo, hacer un propósito espiritual anual, qué ejercicios de piedad se deben realizar, qué regla de vida fijarse, como formar el propio comportamiento a lo largo del año? Esto, os digo, es propio del año de noviciado. Pues bien, se lee en la Sagrada Escritura que Dios, queriendo enseñar a Moisés su ley, le dió estas órdenes: *«Estate pronto para mañana por la mañana subirás temprano al monte Sinaí y preséntate a mí en la cumbre de la montaña. Que no suba nadie contigo ni a lo largo de todo el monte; ni tampoco ganados y rebaños vengan a pastar ante este sagrado monte»* (Ex. 34, 2-3).

Veamos este pasaje en cada parte: *«Estate pronto para mañana por la mañana»*. El Señor Dios quiere que el alma religiosa esté siempre dispuesta y preparada para hacer su divina voluntad, no en las tinieblas y la oscuridad, sino claramente, a la luz; esto pone en evidencia por

una parte la vigilancia a tener en este estado, y por otra la alegría que la acompaña: «*mane*», a la luz, desaparecidas todas las tinieblas y las oscuridades de la mente. «*Para subir al monte*»: el camino del religioso debe ser así: subir constantemente y caminar hacia lo alto, no poco a poco, lentamente, sino rápido, «*statim*», prontamente, con fervor, con corazón alegre, sereno. «*Stabisque tecum*»; y, según otra versión «*stabisque mihi*»: estarás atento a mí. Es necesario estar atentos al Señor Dios, mirarle a Él solo, y servirle con extremo cuidado y atención. «*Que nadie suba contigo*». Esto es, queridísimas, la renuncia, la verdadera separación y el desapego de todas las cosas terrenas. «*Que nadie suba contigo*». No hace excepción con ninguno, no admite a nadie, excluye a todos. Hay que subir despojados, solos, sin ninguna atadura: presentarnos libres ante su presencia, límpios, puros, desprovistos de todo interés y de todo afecto por mínimo que sea. «*Que ninguno suba contigo, ni esté a lo largo del monte*». Es el no desear la compañía de nadie, que pueda distraer y perturbar nuestro corazón. «*Que no suba ninguno*»: que no haya ninguno que tenga espacio en nuestro corazón. «*Ni tampoco ganados y rebaños vengan a pastar*». Prohibe toda sensualidad, todas las preocupaciones y las inútiles inquietudes que no sólo no debemos tener despiertas y activas en nosotros, sino que ni siquiera debemos buscar, aunque de hecho no influyan en nuestra vida. «*Ni tampoco ganados y rebaños vengan a pastar ante este monte*». No sólo no quiero que ganados y rebaños vengan a pastar a lo alto del monte, sino que ni siquiera deseo que lo hagan frente al monte. ¡Oh hermanas, cuánto debemos estar desligados y separados de toda realidad terrena, si queremos agradar a Dios y servirle con corazón generoso! El Señor quiere que nos liberemos totalmente del mundo: totalmente. Y aunque pudiéramos gastar todas las viles riquezas en obras santas, ayudando y aliviando al prójimo, no es ésta la exigencia de la perfección, no es esto lo que se exige: por el contrario es necesario dejar todo de modo completo y total. «*Si quieres ser*

perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; después ven y ségueme» (Mt. 19, 21), dijo a aquel joven, plenamente obediente a la Ley, que pensaba que había llegado ya a la perfección. Podía también decirle: LLeva contigo tus riquezas: las usaremos, en común, y con mi presencia no podrán ser empleadas o gastadas mal. Pero no quiso así, no habló en estos términos. Por el contrario, «*Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres*». Os lo repito: hay que dejarlo todo, expropiarse de todo bien, no poseer nada, ser libre, no seguir nunca nuestra propia voluntad. En el Evangelio según Lucas, el Señor Dios muestra cómo debe ser el verdadero religioso; respondiendo a aquel que lo quería seguir, como si quisiera mostrarle como debía caminar por un camino para el que no tenía aún la justa disposición de ánimo, le dijo estas palabras dignas de ser recordadas: «*Los zorros tienen sus madrigueras, las aves del cielo sus nidos, pero el Hijo de Dios no tiene donde reposar la cabeza*» (Luc. 9, 58; cfr. Mt. 8, 20).

Es realmente cosa justa y apropiada que el hombre se perfeccione tanto en la pobreza, se expropie totalmente de si mismo y de toda otra cosa, no tenga donde reposar la cabeza, no ame a nadie en particular y no tenga alguna parcialidad, si no se reduce a asemejarse a los animales: «*Los zorros tienen sus madrigueras y las aves del cielo sus nidos*». A otro que le había llamado para ser su discípulo, no le dió ni siquiera tiempo para ir a sepultar a su propio padre: enseñaba que, cuando se acepta la vida consagrada, se deben abandonar todos los cuidados y preocupaciones, y dejar que sean los que llevan una vida secular los que cumplan sus deberes: «*Deja que los muertos sepulten a sus muertos*» (Luc. 9, 59-60; cfr. 8, 22), aunque ésta sea una obra de caridad y un deber para un hijo. Todavía en el mismo Evangelio, donde se recogen dos o tres de estos pequeños episodios, uno se ofreció a seguirlo, pidiéndole sin embargo que le permitiese ir antes a decirlo a sus parientes y dejarles todas sus riquezas:

no se lo permitió diciéndole: «*Nadie que después de haber puesto la mano sobre el arado, mire atrás es apto para el reino de Dios*» (Lc. 9, 62). No quiso así que aplazara el ponerse al servicio de Dios ni siquiera por aquel poco tiempo. Amadísimas hijas, en estos episodios tenemos los ejemplos y las reglas de nuestro comportamiento de fe; aquí la norma, el libro que nos enseña la verdadera renuncia, la verdadera expropiación de todos los afectos desmedidos, de las ataduras, comodidades y placeres, ya sean espirituales o materiales; debemos despojarnos incluso de los afectos espirituales, de las emociones del espíritu. Lo vemos por ejemplo en las palabras que nuestro Señor Dios dijo a los Apóstoles: «*Si no me voy, no vendrá a vosotros el Consolador*» (Jn. 16, 7). ¿Acaso la presencia del Señor impedía la venida del Espíritu Santo? No, ciertamente; el afirmarlo sería decir una blasfemia; ¡que nunca suceda tal cosa! Lo impedía sin embargo el apego que los Apóstoles sentían hacia Cristo. El amor de los Apóstoles para con su Maestro no era perfecto y, por ello, para llevarlo a su plenitud, fue necesario aquella separación. ¡Oh hermanas, al Señor no le agradan estos afectos interesados y emotivos! Quiere un amor sincero, limpio, libre, que con pureza y simplicidad tienda sólo a Él. Si el corazón está verdaderamente en Él y para Él solo, está alegre, gozoso, tranquilo, lleno de paz infinita. Y no podría ser de otro modo, habiendo puesto y colocado en Dios todas sus esperanzas, sus deseos y todo su ser. «*Mi corazón y mi carne exultan en Dios vivo*» (Sal. 84, 3), dice el santo profeta. Mi corazón, mi carne, mis sentidos, mis fuerzas, todas se han alegrado, exultado y gozado sólo en mi verdadero y único Dios: Él es todo mi amor; no me preocupo de ninguna otra cosa, no pienso en otra cosa, no deseo otra cosa que Él.

«*¿A quién tengo en el cielo para mí? Fuera de ti no deseo otra cosa en la tierra*» (Sal. 84, 3) ¡Qué a menudo, hijas queridísimas, deberéis dar este testimonio a Dios! Señor Dios, este corazón mío es todo vuestro, no ama, no desea, no quiere otra cosa fuera de Vos; atraedlo a Vos,

Señor Dios, y haced que se enamore de Vos locamente. Este es vuestro deber, queridísimas; es su cumplimiento deberéis sentir la mayor alegría, la mayor satisfacción.

Ahora habéis comprendido, hijas, el motivo de este aplazamiento del que os hablaba: hemos querido que se llevara a perfección el cumplimiento de la obra del Señor, en ella ya iniciada de modo tan excelente. Todas vosotras habéis sido iluminadas: las que ya son religiosas, la que ha llegado a serlo hoy, y la que, si Dios quiere, lo será pronto. Sólo es necesario que todas vosotras perseveréis implorando las gracias del Señor Dios, os mostréis agradecidas con los beneficios de los que os ha colmado, y respondáis, en vuestro espíritu y con vuestras virtudes, a la alta y maravillosa vocación a la que habéis sido llamadas. Que esto se digne concederos la majestad divina. Amén.

INDICE

1. En la cena del Señor durante el lavatorio de pies en el capitolio	3
2. El día del Corpus Domini	12
3. El día del Corpus Domini	19
4. Domingo II después de Pentecostés	29
5. Al pueblo de Ascona en la diócesis de Como ..	40
6. Al pueblo de Cannobio de la diócesis de Milán	49
7. Domingo II después de Pentecostés	57
8. En ocasión de la consagración de los Altares ..	68
9. Domingo IV después de Pentecostés	78
10. En ocasión de la administración de la Santísima Eucaristía	82
11. Sábado del II domingo después de la degollación	87
12. A los canónigos del Templo mayor y de las Iglesias colegiadas de Milán	100
13. A los párrocos, a los confesores y los predicadores del clero secular de la ciudad de Milán ..	115
14. Domingo durante la octava de la Epifanía	131
15. Viernes del IV domingo después de Pascua ..	146
16. A los que van a ser ordenados	153
17. A los que van a ser ordenados	158
18. A los que van a ser ordenados	163
19. Sermón V	168
20. Sermón VI	175
21. Sermón XVI	184